

de su brillantez, apareció menos luminoso, quedando transformado en luna.

La divinidad mas interesante, en la mitología de los aztecas, es *Quetzalcoatl*, dios del aire, en quien concurrían la bondad, el talento, la belleza y el buen gobierno. El nùmen del aire era reverenciado con igual fervor en las diversas naciones del Anáhuac, y su nombre pronunciado con veneracion. Segun las creencias religiosas de los mejicanos, Quetzalcoatl habia sido gran sacerdote de Tula, y su vida honesta y ejemplar, su talento y su prudencia le habian conquistado las simpatías del mundo entero. A él se debia la invencion de la fundicion de los metales, el pulimento de las piedras preciosas, el mejoramiento de la agricultura y las sabias leyes que regian á los hombres. En armonía con la belleza del alma, se encontraba la del cuerpo. Era blanco, alto, bien formado, de espaciosa frente, grandes y rasgados ojos; de cejas arqueadas y negras, como eran negros su luengo cabello y su espesa y bien peinada barba. La moderacion y la elegancia resaltaban en todas sus maneras; así como en sus vestidos, que eran largos, la decencia y la honestidad. Nadie hizo en el mundo una vida mas austera que él, ni nadie se dedicó al bien de la humanidad con el afan y los buenos resultados que Quetzalcoatl. Bajo su direccion, creció la industria; la tierra aumentó el volùmen de sus producciones. Una sola mazorca de maíz formaba la carga que podia llevar un individuo; las calabazas, eran de dos varas; las ciruelas, como el puño de la mano; las *tunas* ó higos chumbos, del tamaño de la cabeza de un hombre. El uso de teñir las telas era innecesario, pues el algodón crecía

en el árbol con todos los colores apetecibles: el sol calentaba, sin abrasar; el viento era dulce y perfumado; blanda y tibia la atmósfera, y suave y templado el invierno.

Las aves se hallaban vestidas de mas brillante plumaje, y su canto era mas delicado y melodioso que lo que hasta entonces habia sido. Era la edad de oro del Anáhuac, en que la felicidad y la ventura se presentaban risueñas al hombre, brindándole dichas sin guarismo. Cuando juzgaba prudente dictar alguna ley benéfica, como eran todas las suyas, mandaba al monte Tzatzitepec, *monte de los clamores*, próximo á la ciudad de Tula, un pregonero para que la diese á conocer al pueblo. La voz, que era sonora y metálica, se escuchaba clara y distintamente á mas de trescientas millas de distancia, sin que las personas que la escuchaban llegasen á perder ni una sola palabra. No habia pobre ninguno en el país gobernado por el sabio y virtuoso Quetzalcoatl: la riqueza era general, y él, no obstante su modestia, habitaba en palacios de plata y de piedras preciosas. Pero la felicidad de los hombres suele tener su término, y la de los gobernados por Quetzalcoatl era preciso que tuviese su límite. Cuando todo el país nadaba en la abundancia, el dios Tezcatlipoca, primero en jerarquía, en la mitología, como queda dicho, dispuso el destierro del benéfico gobernante, sin que jamás se llegase á saber el motivo. Para hacerle abandonar el país, se presentó á él, en figura de un venerable anciano, el dios Tezcatlipoca, haciéndole saber que la voluntad de los séres inmortales era que pasase al reino de Tlapallan, patria de donde salieron los toltecas. Al mismo tiempo que le comunicaba la voluntad de los dioses, le presentó una bebida

para que la tomase, diciéndole que con ella alcanzaria la inmortalidad. Afanoso de alcanzar la deificacion, bebió Quetzalcoatl el líquido, y en el instante se sintió con deseos de partir para Tlapallan. Pronto emprendió la marcha, acompañado de gran número de vasallos que quisieron seguirle, procurando hacerle agradable el viaje, tocando sin cesar en él escogidas piezas de música, de encantadora melodía. Aseguraban los habitantes de Anáhuac, que cerca de la ciudad de Cuauhtitlan arrojó unas piedras sobre un árbol, las cuales quedaron enterradas en el tronco. Por cosa igualmente cierta tenian, que en las inmediaciones de Tlalnepantla dejó señalada su mano en una piedra; señal que los mejicanos mostraban á los españoles, despues de la conquista, como objeto venerado hasta entonces. Al llegar á Cholula, los cholultecas se esmeraron en hacerle una recepcion brillante; le agasajaron dignamente, y le suplicaron que les gobernase por algun tiempo. Quetzalcoatl accedió á la súplica de sus admiradores, y permaneció veinte años en Cholula, enseñándoles el arte de la fundicion, dictando leyes sabias para que mas tarde se gobernasen, instruyéndoles en los ritos y ceremonias de la religion y en el arreglo del calendario. Quetzalcoatl era amante de la paz y de las costumbres suaves. Veia con horror todo acto cruel, y solo el nombre de guerra le hacia estremecer, por la consideracion de los estragos y desgracias que ocasiona toda lucha.

Emprendida su marcha de Cholula, acompañado de cuatro jóvenes nobles y gallardos, llegó á la provincia marítima de Coatzacoalco, desde donde se propuso ir solo á Tlapallan. Antes de partir, llamó á los cuatro arrogantes

jóvenes y les dijo que se volviesen á Cholula, que asegurasen á los cholultecas que, pasado algun tiempo, volverian él y sus descendientes al país, para regirlo y gobernarlo; y que les recomendaba la observancia de las leyes por él dictadas. Dichas estas palabras, Quetzalcoatl se despidió de ellos, entró en un ligero esquife, hecho de pieles de serpientes y de conchas, y desapareció en el Océano, sobre cuyas ondas resbalaba la encantada embarcacion con la suavidad de una blanca gaviota en la tranquila superficie de un sereno lago.

Los habitantes de Cholula, queriendo testificar el cariño que profesaban al sabio Quetzalcoatl, confiaron el gobierno de su país á los cuatro nobles jóvenes que habian alcanzado el aprecio del sér mas bueno de la tierra. Pasado algun tiempo, corrieron varias noticias con respecto á Quetzalcoatl: unos decian que habia desaparecido, y otros que habia muerto en la costa; pero como quiera que fuese, los toltecas de Cholula le consagraron dios, le constituyeron protector de la ciudad, y le elevaron un magnífico templo, cuyos restos se contemplan al presente como una muestra de la grandiosidad de los monumentos antiguos del Anáhuac. Pronto le eligieron otro no menos notable en Tula; y propagándose rápidamente el culto por todas partes, se edificaron santuarios al dios del aire, aun entre las tribus enemigas de los cholultecas.

El númen del aire adquirió, por donde quiera, una fama imperecedera. Las fiestas que se celebraban en su honor eran notables, especialmente en Cholula, á cuyo santuario iba la gente en romería, desde puntos muy lejanos. Se aseguraba que concedia grandes bienes; y las mujeres

estériles elevaban á él sus ruegos para salir de su esterilidad. La fiesta principal, que la celebraban los cholultecas en el *año divino*, era notable. Precedían á ella ochenta dias de riguroso ayuno y de austeridades las mas terribles, de parte de los sacerdotes. Como tesoro de inestimable precio, conservaban los cholultecas unas piedrecitas verdes que, segun ellos, habian pertenecido á su deidad protectora. La veneracion al dios del aire era profunda y general. Los cholultecas se gloriaban de haber recibido de él las leyes y el conocimiento de las ciencias y de las artes, y los yucatecos tenian como un timbre de honra el asegurar que sus señores descendian del ilustre Quetzalcoatl.

En la mezcla extraña que hacian de las ocupaciones que atribuian á los dioses, tenian por cierto que la divinidad del aire, el númer Quetzalcoatl, barria el suelo al dios de las aguas, porque siempre la lluvia llega precedida por el viento.

Algunos escritores han creido ver en la descripcion que los habitantes de Anáhuac hacian del virtuoso y sabio Quetzalcoatl, rasgos del apóstol santo Tomás, deduciendo de ellos que el Evangelio habia sido predicado en aquellos países, algunos siglos antes de la llegada de los españoles. En apoyo de su opinion, presentan el ayuno de cuarenta dias, que observaban algunos pueblos de la América; la semejanza de la doctrina y de las predicaciones de los dos personajes; el hallazgo de algunas cruces, en varios puntos de aquellos países; la tradicion que se habia conservado entre los indios, de que seria ocupado el país por gente blanca y barbuda; el ropaje que usaban, y algunas otras circunstancias que han juzgado que robustecian su opinion.

Sin embargo, todas las conjeturas de los que así han opinado, desaparecen ante un exámen detenido. Ni una sola palabra referente á Jesucristo, ni á su religion, se encuentra en las máximas que por tradicion conservaban del sabio Quetzalcoatl los indios. La hechura del vestido con que le presentaban, estaba muy lejos de tener la forma del traje que usaban los apóstoles; y por lo que hace al ayuno de cuarenta dias, no arguye nada en favor de su opinion, puesto que observaban ayunos de tres, cuatro, cinco, veinte, ochenta y aun de ciento sesenta dias.

Reverenciado y muy querido era tambien el dios *Tlaloc*, númer del agua, á quien creian habitando en lo mas alto de las montañas, velando por la fecundidad de los campos y en proporcionar á los hombres los bienes temporales. Segun la mitología azteca, Tlaloc habia llegado al Anáhuac en tiempo de Xololt, primer rey tolteca, y el ídolo apareció en la cima del monte, que tenia el mismo nombre que la aparecida divinidad. El ídolo era de piedra blanca, porosa y ligera, y figuraba un hombre sentado en una piedra cuadrada, teniendo delante una vasija llena de semillas de diferentes especies y de resinas elásticas. Se cree que el ídolo de Tlaloc fué el mas antiguo en el país, pues los toltecas, que le hacian todos los años una oblacion por las cosechas que habian recogido, le colocaron en el expresado monte, donde permaneció hasta principios del siglo xvi. En esta época, el rey Nezahualpilli, que gobernaba el reino de Acolhuacan, lo quitó de allí para colocar otro ídolo. Poco duró aquel cambio, pues habiendo caido un rayo sobre el ídolo que le usurpó el lugar, el an-

tiguo de Tlaloc volvió á ser colocado en el mismo sitio, para calmar la ira de la deidad ofendida. Allí permaneció, recibiendo culto, hasta despues de la conquista de aquel país por los españoles, tiempo en que, predicado el Evangelio, el ídolo fué hecho pedazos por disposicion de Zumárraga, primer obispo de Méjico.

Otro de los dioses de alta importancia era el sangriento *Huitzilopochtli*, númen de la guerra, cuyo fabuloso nacimiento queda referido en uno de los capítulos anteriores.

Seguian á estas divinidades la de la caza, la diosa de la tierra y del maíz, de las flores, el númen del fuego, el dios de la noche, el del infierno, de los caminos, de las calles, del comercio, de la medicina, de la pesca, del vino, de los plateros y de todos los ramos imaginables.

Fiestas de los diez y ocho meses del año azteca, con sacrificios de víctimas humanas. Sin embargo, la multiplicidad de los dioses hubiera sido menos sensible, si las fiestas consagradas á los que figuraban en primera línea, no hubiesen exigido hecatombes constantes de inocentes víctimas humanas.

Cada mes, de los diez y ocho de que se componia el año, estaba consagrado á la fiesta de alguna deidad tutelar, y solo en una dejaban de humear los altares con la caliente sangre de los desgraciados séres condenados al sacrificio.

Fiesta á Tlaloc, dios del agua. Sacrificio de niños, y sacrificio gladiatorio. El mes primero empezaba el 26 de Febrero. Desde las primeras horas del siguiente dia, la vida y la animacion se notaba por donde quiera que se dirigia la vista. Los habitantes de la ciudad, henchidos de entusiasmo religioso, apresuraban el paso para llegar á un espacioso *teocalli*, *casa de dios*, que se levantaba en forma de pirámide en

uno de los sitios mas pintorescos de la poética ciudad de Méjico, la graciosa Venecia de la América.

Se trataba de presenciar y de asistir á la solemne fiesta que se consagraba á *Tlaloc*, dios del agua.

Los sacerdotes de la falsa divinidad, celosos del brillo y lucimiento de la festividad, adornaban esmeradamente el templo, y engalanaban á su dios con brillantes plumas de exquisitos colores y con ricas y preciadas joyas.

Pero el valioso presente que mas grato juzgaban á los ojos del númen del agua, en su funesta religion, era el holocausto de infantiles séres, en esa tierna edad en que se presentan con toda la gracia cautivadora de la inocencia. Se juzgaba como imprescindible deber religioso, sacrificar á su dios tiernos niños, que apenas contaban un lustro de existencia, y esos inocentes niños eran comprados á padres fanáticos y pobres, para conducirlos al sangriento sacrificio. Pero no todos estaban destinados á sufrir la muerte en el mismo dia. Preciso era sacrificar algunos en los siguientes meses de Marzo y Abril; y para las fiestas que en ellos debian celebrarse, se reservaban los que se creian necesarios.

Entre tanto, los que estaban destinados al dios Tlaloc, veian, sobrecogidos de terror, las galas y los trajes que se preparaban para vestirles. Los desventurados habian visto, en otras fiestas, sacrificar á niños de la misma edad que ellos, y conocian perfectamente el terrible fin que les esperaba.

El momento angustioso llegaba al fin. Los infelices niños, vestidos con traje de papel de colores, semejante en la hechura al que le ponian al númen del agua, y coro-

nados con vistosas guirnaldas de fragantes flores, se veían colocados en vistosas andas descubiertas, embellecidas con fresca enramada y con delicadas rosas.

Cuatro sacrificadores tomaban en hombros aquellas andas, y precedidos de varios ministros del templo; y seguidos de la multitud, conducían á las infantiles víctimas por las calles, al sitio de la hecatombe.

El terror se veía pintado en el rostro de aquellas tiernas criaturas, que veían llevarse á la muerte. Sobrecogidas de espanto y tendiendo hácia todas partes sus bracitos y sus manos, pedían, llorando, piedad; llamaban á sus padres con doloroso acento, buscándoles con la vista entre la multitud, y gritaban, desconsoladas, al ver que nadie se compadecía de ellas, que á nadie habían ofendido en el mundo. Aquel era un cuadro desgarrador; una escena dolorosa, que la pluma no puede presentar con el delicado colorido de profundo sentimiento que encerraba. Pero eran vanos sus tristes clamores y su llanto. Sus infantiles voces morían ahogadas en el horrible canto de los sacerdotes, y sus lágrimas eran vistas por la multitud, como presagios de fecundantes aguas que destinaba á los campos la deidad, no para aquel mes, en que eran innecesarias, por lo cual se llamaba *detencion del agua*, sino para los meses en que eran altamente benéficas.

A los lamentables sacrificios de los inocentes niños, se agregaba el sacrificio gladiatorio, que tenía el tinte de los antiguos torneos, y que, por lo mismo, llamó la atención de los conquistadores españoles. Era un sacrificio en que el valor y la destreza del prisionero en el manejo de la espada, podían conquistarle la libertad, y que reputado

como altamente honorífico, únicamente estaba destinado para los prisioneros que se habían distinguido por su valor y su pujanza en los combates.

El valiente prisionero, destinado al sacrificio gladiatorio, era conducido á un terraplen redondo, de ocho piés de alto, sobre el que descansaba una piedra redonda, grande, de tres piés de alto, cubierta de raros y bien ejecutados relieves. El terraplen se hallaba próximo al templo, en un sitio espacioso, capaz de contener un número considerable de espectadores. Al llegar al sitio referido, el prisionero, enteramente desnudo, y cubiertas únicamente sus pudencias con una faja, subía á la piedra llamada *temalacatl*, por los aztecas; se le ataba un pié, á fin de que permaneciese firme en un punto, y se le daba para combatir una espada corta y una rodela. Dispuesto para el combate, se presentaba á lidiar con él algún oficial ó soldado mejicano de acreditado valor, provisto siempre de mejores armas. El prisionero ponía en juego todos sus recursos para vencer á su contrario, quien á su vez procuraba no perder ante el numeroso concurso que presenciaba el combate, la reputación de valiente que disfrutaba. Sin embargo, en el prisionero, además de la calidad inferior de sus armas, concurría una circunstancia que amenguaba su fuerza moral. No le bastaba vencer al formidable guerrero con quien la lucha empezaba. Para recobrar la libertad, por medio de su esfuerzo, tenía que salir victorioso de otros seis contrarios, en otros tantos combates. La consideración de esta idea que le presentaba como imposible el triunfo, debilitaba su brazo, y daba generalmente el triunfo á su contrario. Si, pues, como generalmente acontecía, quedaba